



Humildes cántaros rotos

Como era un hombre rubicundo, llamábanle Juan Colorado, para distinguirlo de los otros Juanes del barrio, Juan Jacobo y Juan Gabrielo, así apellidados por los nombres de sus respectivas mujeres Jacoba y Gabriela.

Su cabaña era a la entrada del lugar, al pie de la colina en que se asentaba el pequeño caserio e indudablemente tal posición hacía juego con los bienes de su dueño.

El riachuelo que pasaba frente a la puerta, a ser un riachuelo filósofo habria reparado en la diferencia de fortunas que existia entre el dueño de la última casa, encaramada casi en el cucurucho de la colina y el de la primera, la más baja. Aquella, casa grande, confortable, de dos pisos, rodeada de jardines y con grandes corrales. Corria y corria el arroyuelo, porque en lo ligeras sus aguas no tenían rival, y no acababa de salir de los bosques, prados, rastrojos, pertenecientes al amo de la hermosa casa rodeada de jardines. Le movia un aserradero y un molino de almidón de yuca. Y jamás acababa de contar las cabezas de ganado que se inclinaban para abrevar en sus aguas. Por fin metia su frescura en el pegujar de Juan, dentro del cual no se estaba ni dos minutos.

¡Con hijos si lo enriqueciera Nuestro Señor! Por suerte aquel aire bendito de las cumbres del Barba y aquellas aguas que no encerraban en sus linfas los tricocéfalos y sarcomonas de los médicos, los tenían tan sanos y tan guapetones, que cuando asomaban a la puerta, la cabaña

de Juan parecía humilde cesto por cuya boca asomaran amapolas y rubias flores de paira.

El verano se acercaba y el dueño de la casa grande, terminadas las rozas que hizo en sus montañas, no tenía más trabajo que dar a las gentes del lugar. Conversábase en las tardes, bajo los cobertizos de irse alistando para bajar al valle a las próximas cogidas de café. Juan Gabrielo iría con sus muchachos a la hacienda de don José Manuel; Matías y los suyos a la de don Quito.

La yunta de Juan Colorado, de bueyes tiernos, casi unos terneros, pero valientes y voluntarios como ellos solos, pacía tranquilamente la yerba que Dios le reparaba en el camino, porque su amo no tenía en que octiparla. Había cesado el acarreo de trozas y ahora podian des-

cansar a pierna suelta.

Y habia que pensar en llenar a la menudencia, sus barriguillas inconsecuentes. Entretanto se ayudaban comiéndose la milpa hecha en un terreno prestado. De noche, a la hora de la cena, a falta de otra cosa, los niños echaban al hogar sendas mazorcas tiernas, envueltas en su tusa, que una vez asadas, eran despojadas de ella. La cocina llenábase del sabroso olor que entonces despedian y las dentaduras ágiles comenzaban a arrancar los dulces granos, muchos de los cuales esponjábanse como azahares.

También había que pensar en cubrir aquellas carnes, capaces de acabar con la paciencia de la luenaza de Natividad, tal era el afán de asomar su sonrosado y tierno encanto a curiosear por las innumerables desgarraduras de las ropas. La aguja de Chica, la mayor de los niños, una madrecita de once años, no tenía punto de reposo: zurcir, remendar, hacer milagros. No había en la casa una prenda de vestir que no luciera remiendos de diferentes colores y telas. Con un saco de manta, marca Gallito, fabricaba en un abrir y cerrar de ojos, una camisa a Beto o a Juan Chiquillo y daba no sé qué verlos muy ufanos, vestida la camisa en la cual campeaba el gallo de la marca, ya en el pecho ya en la espalda.

Octubre llegó con sus temporales. Los canasteros comen-

EOS 99

zaron a subir a la montaña a traer bejuco para tejer canastos, labor muy vendible en tiempo de las cogidasde café.

Juan Colorado se preparó a ir por bejuco. Indispensable era hacer algo, no podia estarse mano sobre mano con

semejante chapulinada que tenia buen diente.

En una madrugada, bajo un temporal que lo mandaba Dios Padre y con un frio de los que se estilan en esas alturas, salió de su casa y se incorporó a los bejuqueros que pasaban.

Tres leguas lo menos tuvieron que hacer para llegar a la mancha de bejuco que podía abastecerlos a todos.

Muy avanzada la tarde regresó, abrumado por la carga, con el vestido hecho una sopa y los pies destrozados. Hizo otro viaje dos días después entre la tristeza de la niebla y el frío, para procurarse el bejuco necesario.

Por fortuna el temporal se fué y un sol que era un contento secó los tallos verdes. El viernes veinte canastos grandes y bien trabajados estaban listos para la venta. Bien es verdad, no soportaba el dolor de espalda y las manos a pesar de su dureza le sangraban. Y no podía ser de otro modo; toda la semana inclinado: primero el asiento en el cual la colocación de los parales exigia cuidado si no se quería deshacer más tordo toda la labor y luego, usted teje, y usted teje... los ojos le dolian. Preferible era volar machete todo un santo dia.

Beto, el muchachillo de nueve años, fabricóse con los restos del bejuco, tres cestitas primorosas que adornó con fantásticos dibujos rojos y verdes. Las vendería a las niñas de la ciudad a veinte céntimos cada una y con el dinero, comprariase una dulzaina, sueño dorado del niño desde un turno, en que escuchó embobado a un campesino sacarle músicas a una. Tocaría en las tardes bajo el cobertizo y los gritos de sus hermanos haríanle coro. La llevaria siempre en el bolsillo, y en la montaña cuando fuera a acompañar al padre a alistar un tronco para el aserradero, en tanto que éste lo labrase con su hacha, él tocaría en su dulzaina. Los jilgueros lo acompañarían. Seria una cosa... muy ¿cómo dijera él? oir su música entre la quietud fresca de los bosques.

Y en verdad, que hubiera recordado así nuestro salva-

IOO EOS

jillo, medio desnudo, sonrosado, con la piel espolvoreada de un finisimo vello dorado, enredadas entre la maraña de su caballera leonada las hojas y flores que el viento arrancara al pasar sobre él, y tocando su dulzaina al pie de un tronco musgoso, al dios Baco niño, arrancando melodias a la siringa. Habria dado ganas de vestirlo con la piel de corzo salpicada, calzarle los coturnos y poner a su

lado la férula adornada de pampanos.

A Juanico y a Baltasar, encontrólos el sol del viernes, en un moral con la sonrisa entre un embadurnamiento de jugo de moras que les cubria la punta de la nariz, las mejillas y la barba. Escogian las frutas negras y despreciaban las rojas que parecian racimitos de gotas de sangre: de aquéllas, dos eran puestas entre la boca y una iba al balde que portaban. A la hora del almuerzo, sin embargo, estaban en casa con dos cuartillos de moras dentro del recipiente. Querian, otro dia su hermano Beto que iría con el padre a la ciudad, los vendiera y con el importe les comprase unos sombreros: que la cabeza del uno ya andaba a la intemperie y la del otro estaba cu-

bierta no más por una copa.

Chica y Felicidad fuéronse después de comer al bosque a traer san migueles en botón. Eran ágiles como ardillas y daba gusto verlas retozar entre las ramas más altas de los más altos árboles. Sus hociquillos rojos se confundian con los lindos capullos de esta flor de una trepadora de nuestros bosques. Trajeron los delantales llenos y mientras los otros chicos les hacian rueda y los rayos del sol poniente parçcian fundir el oro de las ocho cabecitas, las dos niñas adornaban varas con los capullos de san miguel y los aseguraban con hilo. En las flores abiertas no había qué pensar, porque, de tocarlas una mariposa, dejaban caer al suelo los pétalos. Quedaron las ramas así adornadas, a modo de tirsos engalanados con flores rojas y con hojas verdes. Fueron agitados, para conocer la seguridad que tenian, entre la griteria de los chiquillos.

Beto también venderia en el mercado a los niños de la ciudad que tanto gustan del sabor ácido de esta flor, los graciosos ramilletes, y compraría a las coquetas una vara

de cinta del mismo color del cielo, a cada una.

EOS

¡No se podía quejar Juan Colo ado de la imaginación de sus hijos! He aquí no tenían con qué cubrirse, ni la comida abundaba y pensaban antes que en la manta y el pan, en dulzainas y cintas. Ah! Que en la vida todo lo que preocupa no ha de ser tan basto como la manta ni tan vulgar como el pan y benditos los humildes que piensan en su miseria en tener música y en prender en su cabeza un trozo de tela de seda color de cielo!

Calculaba con Natividad en vender los canastos a cuatro reales cada uno. Bien los valían y aún más, pues trabajados por mano experta en el oficio, estaban. ¿Veinte a
cuatro reales? Diez harían cinco pesos, otros diez, otros
cinco pesos. Con diez pesos compraria manta para toda
la familia, unos pantaloncillos para los muchachos, zaraza
para las muchachas y Natividad. ¡Natividad, la pobre, que
no tenía con qué salir donde la viera la gente! Pan, café,
candelas...

El lucero de la mañana en lo menos que pensaba era en callar su luz, cuando la carreta de Juan cargada con los canastos, atravesó dando tumbos la tranquera. Los niños la despidieron con gritos y recomendaciones. Se alejó brincando pesada y alegre.

Los morales de fruta menuda y tallos prismáticos po-

nian en el aire su olor a incienso.

Entre las cestitas de Beto iban los tirsos de Chica y Felicidad. Como las niñas los dejaran toda la noche entre los berros del riachuelo, estaban frescos y en sus hojas se veia temblar gotas de agua cuando les caia el rayo de una estrella.

Bien entrado el dia, llegaron a la ciudad.

Encontráronse con el padrino de los niños, quien con-

vidó a luan a echarse un consuelo.

Cuando arribaron al mercado, los ojos le bailaban y sentia dentro de la carne el deseo de retozar que se le despertaba cada vez que el aguardiente le pasaba por la garganta. Una vez en él, supo había abundancia de su mercancia. No fué posible colocarla a cuatro reales la pieza. Tuvo que cederla en bulto a quien le ofreció más

102 E(

y dejó los veinte canastos por seis colones. Fué preciso ir a rociar el trato a una cantina cercana, Beto quedó sentado a la orilla de la acera al lado de los vendedores de pájaros encerrados en jaulas de caña. El niño esperaba

tranquilamente compradores.

Entre las cestitas, las flores de san miguel sonreian alegres en las varas y las moras regaban en torno suyo un perfume agriduice. Los mosotillos brincaban entre las jaulas y echaban al aire su canto quejumbroso. El niño soñaba con la música de su dulzaina. Ya no se aburriria cuando fuese con el padre a labrar troncos... pues él tocaria y tocaria hasta que su padre le dijese: callate Beto que me tenés loco.

Pero, ¿dónde venderían dulzainas? Así que se desocu-

paran, su padre lo llevaria a buscarlas.

¿Y los sombreros de Baltasar y Juanico? Y las cintas de sus hermanas tenían que ser del mismo color del cielo... bien, bien.

En esto un tropel de gentes desembocó en la esquina. ¡Dios mio! ¿Qué veia? un policía llevaba a su padre

quien gritaba desaforadamente.

Echó a correr como un loco y se acercó. Juan Colorado medio borracho, con el sombrero en una mano, lanzaba al aire una salva de gritos alegres, ensordecedores. El contento salvaje que la más pequeña gota de aguardiente ponia a correr dentro de él, salió a las cuatro copas, lo mismo que un torrente por su boca.

-Tata, tata. balbuceó Beto acercándose.

—¡Hola, Betillo! Es mi hijo, señor policía. Este señor me lleva porque estoy alegre, Betillo.

Y seguia gritando y haciendo gestos ridiculos, insen-

satos.

Las cestitas, los cuartillos de moras, los tirsos adornados de san migueles, todo se borró del pensamiento del niño que siguió a su padre tembloroso y sollozando.

La puerta del cuartel cerróse ante él y tras su padre. A Juan Colorado lo llevaron a la sala de los detenidos: alli estaban dos borrachos sentimentales que se abrazaban y se decían palabras tiernas, un muchacho sorprendido robando gallinas y dos mujeres que riñeron en la OS . 103

calle y que seguian alli insultándose por lo bajo y lanzándose miradas furibundas.

Poco a poco la alegría de Juan se evaporó y ahora dor-

mitaba con la cabeza caída sobre el pecho.

La corneta del cuartel tocó su fanfarria del medio dia.

Por los cristales sucios de una ventana, veíase la punta de un pino que crecia en un jardin cercano.

A los dos borrachos les pasara su hora sentimental y

miraban ante si con cara de idiotas.

El pobre hombre comenzó a ver claro en sí. De la hoguera que ardió en su pecho y lanzó chispas por su

boca, no quedaba sino un montoncillo de cenizas.

¡Jesucristo! ¿Qué había hecho? ¿Qué diria Natividad? No tuvo tiempo de meditar más. Fueron llamados ante el comisario. En la sala desnuda y fria tras una mesa, un hombre joven con aires de pisaverde, se preparaba a juzgar, puliéndose las uñas. Tenia las manos de una dama.

Comenzó el interrogatorio y la repartición de castigos.

Frunció el ceño e irguióse en su silla:

A los dos borrachos, diez colones de multa a cada uno y ya sabian lo que les tocaba si se repetía y los tomaban.

Al muchacho de las gallinas, le fué endilgado un sermón tonto, sin pies ni cabeza, en el cual se repetía a menudo la palabra honradez. Hablaba el juez sin dejar sus uñas que dijéranse hechas de concha nácar. Una semana de encierro.

Llegôle el turno a Juan, quien comenzó a balbucear y a llamar coronel al comisario porque lo veía con ga-

—Si, había gritado porque estaba alegre. Bebió unos tragos y después no podía estar con la boca cerrada. Lo debian soltar. ¿Qué habría sido de su hijo Beto? El señor coronel le perdonaria aquella ofensa. El era un hombre honrado. Don Juan Pacheco y don Esteban Solis podían servirle de testigos.

Por lástima y por ser la primera vez, se le impuso una multa de cinco colones, setenta y cinco céntimos, como si

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

se tratara de un solo grito, cuando había alborotado todas

las calles por donde pasara.

—«¡El hombre que apura una copa, no es un hombre honrado!»—Y este aforismo salió breve, terminante, acompañado de un movimiento enérgico y afirmativo, de la boca del pequeño agente de policia, que castañeaba la lengua de gusto cuando un wiskey o un cognac la mojaban.

—Cinco colones y setenta y cinco céntimos o cinco con seis! Hubo que repetirselo varias veces para que com-

prendiese.

Mas, ¿de dónde los iba a tomar? Cierto era que en el bolsillo tenía sus seis colones, pero eran para comprar manta y ropa a los chiquillos y a la mujer. Natividad no tenía segundas enaguas que ponerse. Y además la carne y el pan...

¡El señor agente de policia estaba fastidiado! Si no queria pagar descontaria la multa en un calabozo. Y la bonita mano retorciase el bigote, mientras pensaba en la

graciosa bailarina del circo.

Juan dió lo que llevaba y le devolvieron una peseta

Sentadito al borde de la acera continuaba Beto.

Ya no lloraba. El polvo se le pegó a las mejillas, moja das con lágrimas y la cara tenía así una cómica expresión dolorida.

A ratos recordaba sus cestitas, las varas adornadas con san migueles, los cuartillos de moras, la carreta. No se atrevia a ir a buscar ninguno de sus bienes porque esperaba de un momento a otro ver salir a su padre. Quiso hablar con el centinela pero no fué comprendido.

Tornó a su sitio de observación y el recuerdo de su dulzaina nunca vista y de la música jamás sentida, llenó

de tristeza aquella alma infantil.

Cuando Juan salió, le tocó el turno de gritar a Beto, El muchacho se le agarró de las piernas y lloraba y reia. Se abrazaron y lloraron en silencio.

Los bueyes y la carreta fueron encontrados en un lugar seguro que el comprador de los canastos buscó carita-

tivo.

EOS

105

En el bolsillo de Juan bailaba la peseta. Sentáronse en un banco del parque a hacer las cuentas y cavilaciones de la hormigita cuya fortuna era un cinco; ¿si compráramos esto, si compráramos lo otro?

Pasó un vendedor de caramelos, de esos que portan su

mercancia clavada en un poste delgado y largo.

A Beto le parecieron bonitos y apetitosos y Juan llamó al vendedor. El chiquillo escogió una vistosa guitarra de un rojo llamativo, una custodia amarilla y una trasparente mujer enjarrada.

El resto del dinero fué comprado en pan.

Se iba la tarde. El corredor de la casa de Juan estaba silencioso porque los niños se habían ido al camino a encontrar la carreta. La madre sentada en el umbral con el niño de pecho en el regazo, los vió alejarse rientes y dichosos con la esperanza que constituía para ellos la vuelta del padre.

A ella le gustaria que Juan les hubiese comprado una

zaraza azul con rueditas blancas.

En lo alto de la cuesta los niños aguardaron. ¡La dulzaina! ¡Los sombreros! ¡Las cintas! —¿Cómo es una dulzaina? preguntaba José. El traqueteo de la carreta dejóse oir al fin...

CARMEN LIRA

Si todos los doctos de una misma ciudad quisieran darse cuenta de las palabras que pronuncian, no se encontrarian dos que atribuyeran la misma idea a una misma expresión... Se me objetará que si la cosa fuera asi, los hombres no se entenderian jamás. Pues la verdad es que no se entienden casi. Al menos yo no he visto nunca una disputa en la cual los argumentadores supieran bien positivamente de qué se trataba.

VOLTAIRE, (Lettres chinoises et indiennes).

Entonces

A Carmen Lira

No pienses que a la tumba he descendido cuando te digan sin piedad que he muerto, que en hombros de los últimos amigos se llevaron mi féretro. Mientras vibren acentos de esta lira

Mientras vibren acentos de esta tira que es mi existencia, en el espacio inmenso, mientras que en un rincón revienten flores que tengan el abono de mis huesos, puedes decir a todo el que pregunte:
«¡Nuestro amigo no ha muerto!»

Pero cuando alevosa la fortuna me negara la miel de los ensueños y ya no revolaran en la sombra mis cantares dispersos, aun cuando de la dicha sobre el trono vieras triunfar mi vida en el silencio, si ya no escuchas mis estrofas bravas piensa que he muerto.

Si, guarda tus tesoros de tristeza para cuando, —marchito el pensamiento, y la altivez que le prestó sus alas para elevar el vuclo a la región azul de las quimeras yazga, rendida, en el sopor de un sueño, — te digan que he dejado de ser loco, que ya no escribo versos.

BILLO

Apunte biográfico de

Marcelino Berthelot

según sus propios escritos.

r. «Hoy, sin faltar de respeto a nuestros predecesores, podemos hablar de ellos más libremente que antes. Contamos su vida, sus orígenes, su educación, el curso de su carrera, sin limitarnos solamente a pronunciar elogios. Lo que más nos importa es sacar de su biografía las consecuencias de orden superior y general que ella encierra.»

 Marcelino Berthelot fué uno de los más grandes químicos del siglo XIX. Fué además fisiólogo, farma-

céutico, filósofo y hombre de Estado.

Nació en París en 1827. Su padre fué médico, muy recto y filántropo; su madre fué tan tierna como juicio-

sa; ambos, católicos.

3. De la infancia, no guardó Berthelot el recuerdo que otros guardan, recuerdo de puras alegrías e inefables dichas. No. A su parecer, cualquier tiempo pasado no fué mejor. «Desde edad muy temprana, apenas tendría diez años, fué atormentado por la incertidumbre del porvenir, y no gozó completamente del momento presente.» No fué sino al tardecer de su existencia cuando adquirió «esa serenidad que da la vista del término, cada vez más próximo, de todo gozo y de todo dolor.»

108 EOS

4. De la vida de colegial, lo que más importa señalar es el comienzo de la amistad firme y fecunda que unió a Berthelot y a Renan. En el liceo Enrique IV se manifestó el escepticismo religioso de ambos pensadores y su liberalismo político; liberalismo que empujaba a Berthelot hacia la REPÚBLICA BUENA y a Renan hacia el BUEN REV. Pero ¿cómo organizar la república mientras no sepamos PESAR LOS VOTOS? ¿Y cómo conocer al buen rey?

5. Era ya profesor de química orgánica en la Escuela Superior de Farmacia de París, cuando contrajo Berthelot matrimonio (en Mayo de 1861) con una sobrina del físico Breguet, protestante. Esta unión fué muy feliz y dió seis hijos a Francia. Entre ellos, el pro-

fesor Daniel Berthelot.

6. En 1865 entró Berthelot en posesión de una cátedra de química orgánica recientemente creada en el Colegio de Francia—el más alto instituto docente que conocemos—y en ella permaneció con gloria 42 años, hasta la antevíspera del día de su muerte. La única interrupción sufrida en los trabajos de ciencia pura, corresponde a la guerra de 1870. Berthelot presidió el comité científico de la defensa de París.

Después del sitio, se trasladó a Sevres, donde poseía una casa de campo. La encontró saqueada. Toda la región había sido el blanco de una destrucción metódica y bárbara, obra de las mismas manos que tan metódica y bárbaramente desolan hoy a Europa, destruyendo en nombre de la Kultura los monumentos de la ciencia y del arte, bibliotecas, laboratorios, museos y templos. El ejemplo relativo al sabio físico REGNAULT ha sido referido por el mismo Berthelot. «Cuando volvió a Sevres, encontró Regnault sus aparatos destrozados a martillazos, sus termómetros quebrados en cabos de igual tamaño, sus registros de experimentos quemados o rotos, con la preocupación de un odio que no se puede menos de juzgar intencional.»

Berthelot consideraba la guerra como uno de los mayores males que pueden afligir a la humanidad. «Si la abolición de la guerra se cumple en el siglo xx, las generaciones que van a sucedernos nos bendecirán por haber preparado este nuevo y maravilloso triunfo de la sabiduría y de la razón.» Pero él comprendía bien que su anhelo no estaba en visperas de satisfacción. «Nuevos conflictos, decía, más terribles aún y más extensos, se preparan.»—«¡Cómo no temblar cuando se piensa en la hora en que la infatuación de un soberano o el orgullo herido de una nación egoísta desencadene unos contra otros todos estos ejércitos y todas estas flotas!»

Previendo con rara sagacidad el famoso man fiesto de 1914, nos hablaba Berthelot de los profesores germanos en estos términos: «No contentos con sentir crecer en el mundo la influencia material e intelectual-de Alemania, están impacientes por hacerla exclusiva. No soportan el encontrar todavía influencias rivales ni el ver levantarse siempre ante ellos a Francia, viva a pesar de las derrotas militares.»

7. A raíz de los desastres de 1870, le fué ofrecida a Berthelot una alta posición en Inglaterra. Él la rechazó sin vacilar. Para edificación de los que con facilidad se desalientan y, creyéndose privilegiados, hablan de expatriarse por falta de ambiente, véase la manera de expresar Renan el propio pensamiento y el de IIO EOS

Berthelot en aquellas penosas circunstancias: «Somos sujetos particularmente necesarios a la patria; hemos beneficiado de sus instituciones, de su pasado, de su vieja gloria; somos su hechura; dejándola, defraudamos el adelanto de capital que ha hecho por nosotros, aun cuando podamos tener más de una queja legítima y personal contra clla. Nosotros no podemos dejar a Francia a menos que ella nos eche de su seno.» ¡Así hablaban dos verdaderos genios que muy bien habrían po lido dar por cancelada ya entonces su deuda hacia la patria!

8. En su carrera científica, Berthelot no se cuidó de la explotación económica de sus incontables descubrimientos. «El hombre de ciencia debe hacer de la posesión de la verdad su única riqueza.» Ni se cuidó tampoco de la adquisición de honores o recompensas por concurso u oposición.—Fué también enemigo de los exámenes «que agotan la salud de los candidatos y les hacen perder su individualidad, la curiosidad y el amor de la reflexión original.»

9. En sus obras y en sus lecciones, tan profundas siempre, no desdeñó Berthelot la forma del lenguaje. Es este un rasgo muy francés y el más prec oso resorte de primacia intelectual de un sabio o de un filósofo. «Sin cierto mérito literario, ni se funda ni subsiste en Francia ninguna gran reputación.»

 Según Berthelot, «la ciencia es esencialmente una obra colectiva, proseguida en el curso de los tiempos por el esfuerzo de una multitud de trabajadores,

Si no entiendo la fuerza de una palabra, soy extraño y bárbaro para aquel a quien hablo, y él lo es para mi. San Pablo, (Cita de Bossuet).

de toda edad y de toda clase, asociados en virtud de un convenio tácito, para buscar la verdad pura y aplicar esta verdad a la transformación continua de la condición de los hombres.»

«La ciencia abarca el dominio entero del espíritu humano, dominio intelectual, moral, político, artístico, al par que práctico e industrial.» «Ella es hoy la única base inconmovible de la moralidad de los pueblos y de los individuos.»—«Jamás los dogmas religiosos han llevado a los hombres al descubrimiento de una verdad útil o han contribuído en algo a mejorar su condición.»

11. En los últimos años reapareció agravada la melancolía de Berthelot, sin que disminuyera mucho por ello
su prodigiosa actividad. Dos años antes de morir hablaba así: «La infancia vive gozosa en el egoísmo ingenuo
de la sensación; la juventud se lanza entusiasta al ejecicio de sus energías, que ella cree tan ilimitadas como
sus ambiciones. En cuanto a la vejez, acabados los
sueños, ve morir a todos los que ama, la rodean
las ruinas de sus afecciones y no encuentra consuelo
sino en un noble sentimiento, el de haber cumplido sus
deberes respecto a los otros hombres y mantenerse en
la recta posición sonriendo con bondad a la infancia
inocente y ayudando con toda simpatía a la juventud
en el esfuerzo eterno de la humanidad hacia la verdad,
l acia el bien, hacia el ideal.»

Berthelot murió a los 80 años, el 18 de Marzo de 1907, una hora después que su excelente esposa.

E. J. R.

Salvo el trozo de Renan, todo lo que va entre comillas es del propio Berthelot.

Crevente de miedo

Ciertamente, en mí existe desde los comienzos de mi vida, la profunda preocupación del fin de la existencia, el terror a lo ignorado, el pavor de la tumba, o, más bien, del instante en que cesa el corazón su ininterrumpida tarea y la vida desaparece de nuestro cuerpo. En mi desolación me he lanzado a Dios como un refugio, me he asido de la plegaria como de un paracaída. Me he llenado de congoja cuando he examinado el fondo de mis creencias, y no he encontrado suficientemente maciza y fundamentada mi fe, cuando el conflicto de las ideas me ha hecho vacilar y me he sentido sin un constante y seguro apoyo. Todas las filosofías me han parecido impotentes, y algunas abominables y obra de locos y malhechores. En cambio, desde Marco Aurelio hasta Bergson, he saludado con gratitud a los que dan alas, tranquilidad, vuelos apacibles y enseñan a comprender de la mejor manera posible el enigma de nuestra estancia sobre la tierra.

RUBÉN DARÍO

Miscelánea pedagógica

Pensamientos de Spencer, Duruy, Paul Bert, Berthelot, L. Bourgeois, E. Rabier, H. Marion, etc.

Entre la enseñanza primaria, que va a lo que más precisa y da los conocimientos inmediatamente útiles (instrumentales, como se dice), y la enseñanza superior, que trata de hacer hombres capaces de profundizar un orden determinado de estudios, la 2.ª enseñanza ocupa un puesto medio: su ob eto esencial es evidentemente la educación armónica del individuo: preparar a la vida de hombre en el seno de una familia y a la vida de familia en el seno de la humanidad. En la escuela de 2.ª enseñanza, como en la de 1.ª, no cabe por consiguiente la especialización de la enseñanza superior. El profesor de física y el de griego y el de botánica, todos deben perseguir el mismo fin, todos son profesores de Instrucción social.

* * *

El buen labrador arranca cuidadosamente de su tierra las hierbas malas y la revuelve profundamente y la baña de aire y sol, aun antes de saber qué grano arrojará en ella. Se quiere que los jóvenes sepan lo que es esencial saber cualquiera que sea la carrera que hayan de abrazar más tarde. 114

Dirijase, pues, la segunda enseñanza a los que se destinan a la agricultura, al comercio o a la industria, como a los que se dedican a las profes ones liberales; dirijase, sobre todo, a los jefés de las futuras familias.

* * *

Si la educación debe tener por objeto el hacer hombres, nada de lo que es del hombre debería serle extraño.

Cualquiera que sea su sexo, el joven debe salir de las escuelas con un cuerpo robusto, una instrucción sólida, un juicio sano, una voluntad recta y dueña de sí misma.

* * *

Toda inteligencia que, falta de cultura apropiada, permanece improductiva, es una pérdida neta para el país.

* * *

Un buen plan de 1.º o de 2.º enseñanza general se conoce en que es igualmente aplicable y debe ser igualmente aplicado a los institutos de mujeres y a los de varones.

* * *

La simplificación de los programas, exigida por las necesidades de la educación del cuerpo, no es menos reclamada por la educación misma del espíritu, puesta en peligro por la carga excesiva del saber. No se amontonen en los programas todos los conocimientos juzgados útiles,—todos igualmente patrocinados por los que han hecho de ellos su especialidad científica.—El mejor fruto de la enseñanza secundaria no es tanto la suma de saber adquirido como la aptitud para adquirir nuevo saber, esto es, el gusto del estudio, el

EOS

método de trabajo, la facultad de comprender, de asimilar o aun de descubrir. Para medir el progreso del alumno a la salida de una escuela, se debe considerar menos el espacio recorrido que el movimiento que posee para ir más allá. Lo útil por excelencia es la inteligencia misma, puesto que sólo ella aplica el saber con dicernimiento y a propósito y sólo ella suple las insuficiencias inevitables de todo saber.

Si el saber justamente distr.buído alimenta, sostiene y fortifica la inteligencia, el saber dado precipitadamente o en dosis grosera la desvía o la opr me. Para todos los que deban hacer programas en vista de una enseñanza general en sus principios, pero no enciclopédica en su materia, EL COMIENZO DEL BUEN JUICIO ES EL PERMITIR IGNORAR.

¡Que los programas no sean demasiado detallados! Al contrario, déjese a los profesores no poca libertad. De hecho, la virtud de un programa depende sobre todo de la interpretación que se le dé. Si el programa es algo, el espíritu es mucho más aún: es el espíritu quien crea el método y fi a la medida.

* * *

Para asegurar el desarrollo normal de las fuerzas físicas del alumno es indispensable determinar con precisión, y para cada edad, el número de horas que una higiene bien entendida ordena dar al trabajo y alreposo.

* * *

La naturaleza no debe plegarse a las comodidades del régimen interior: el régimen interior debe ser establecido según las exigeucias de la naturaleza.

* * *

El horario de un instituto de varones y el de un instituto de mujeres deben ser distintos, si se quiere —según conviene—que sea siempre *posible* a los alumnos el tomar en sus casas alguna parte en las faenas que a cada sexo corresponden.

* * *

La bondad de un reglamento se mide por la cantidad de LIBERTAD que deja a las buenas voluntades, no por las trabas puestas a la mala fe o a las malas inclinaciones.

* * *

Las grandes aglomeraciones de escolares—lo mismo que cualesquiera otras aglomeraciones—son siempre peligrosas. Solamente el mal es contagioso y el contagio está en razón directa de la densidad de la aglomeración.

* * *

Los Juegos y ejercicios de fuerza o agilidad son para el joven condición absoluta de salud moral no menos que de vigor físico. La libre y dichosa actividad es tan necesaria como el aire y el sol para compensar el esfuerzo precoz que se pide a jóvenes cuyos cuerpos y facultades están en vía de formación. En todo establecimiento en donde los recreos activos han cesado, se establecen el fastidio y la tristeza. Semejante medio, intolerable aun para un hombre hecho, es realmente pernicioso y abrumador para la juventud.

Hay algo de enfermo o de que va a ser enfermo en una juventud que no juega.

EOS

En un patio en el cual los recreos se gastan en conversaciones monótonas o paseos a pasos contados, un inspector no encuentra tal vez nada que reprender. Sin embargo, esa calma misma debe ser causa de fuerte inquietud: ella es por sí un grave síntoma, si se piensa que en esa desocupación prolongada el cuerpo se anemía poco a poco y se ahila, y que con el fastidio consiguiente los caracteres acaban por agriarse y enervarse.

En la antigüedad, la educación toda era un juego. Los tiempos son hoy más duros. Desde temprano, el porvenir inquieta legítimamente a la juventud, y la incertidumbre del éxito dobla para ella el peso del trabajo. ¡Ayúdesela a sacudir de tiempo en tiempo ese peso! ¡Prolónguesele el período feliz y fecundo del desinterés!

Sepan los maestros que hay tanto mérito en organizar un recreo como en asegurar la disciplina en un salón de estudio.

* * *

EL BAILE al aire libre no sólo es sumamente agradable e interesante para la gran mayoría de los jóvenes, sino que es hoy tenido por la generalidad de los fisiólogos como un auxiliar muy importante para la higiene escolar. Por otra parte, recuérdese que todo lo que renueva la imaginación y entretiene la confianza y el buen humor aprovecha por igual a la salud moral y a la del cuerpo, si es permitido expresarse así.

* * *

Los exámenes son LA DESGRACIA MÁXIMA de las escuelas. La higiene los ha condenado sin remisión hace ya muchos años.

Cuanto más generales y enciclopédicos sean, tanto

más aleatorios y noc vos.

Si en vez de tener por primer objeto las ciencias o las letras por sí mismas, esto es, la investigación de la verdad y de la belleza, que solicitan al niño por sus atractivos propios, salvo a dirigirlo después hacia tal o cual fin práctico de un modo más particular, la enseñanza es ante todo y casi exclusivamente dirigida en vista de los programas de exámenes, los móviles más elevados de la inteligencia son, en la fuente, suprimidos o desviados de su destino.

El objeto de la educación no es almacenar en los espíritus, en un tiempo dado, una suma de nociones

y fórmulas para ser producidas un cierto día.

El Estado reclama hombres inteligentes y capaces; no necesita espíritus cortados con la más perfecta perfección mecánica según el modelo de cierto examen.

En las escuelas primarias podrían ser radicalmente suprimidos los exámenes, ya ya. En los liceos o escuelas medias deberían ser cambiadas su forma y naturaleza y reducido su número a un máximum de 2 semestrales para los primeros años y 3 para los últimos. En las escuelas superiores deberían también ser reformados y mantenidos sólo para los estudiantes no-asiduos, sentando así en principio que los diplomas se ganan por examen o por asiduidad bien comprobada.

* * *

El buen maestro procura enseñar EN LA ESCUELA y es enemigo de imponer tareas que deban ser hechas por los alumnos fuera de la escuela. Todo mecanismo de promoción, en la escuela primaria o en el colegio de 2.ª enseñanza, debe someterse al siguiente principio, formulado hace más de 21 años por la facultad de Medicina de París:

Favorecer la manifestación y el desarrollo de las diversas aptitudes especiales, que son a menudo características de las mejores inteligencias. Con ese fin admitir que los diferentes conocimientos inscritos en los programas puedan equivalerse y suplirse, sin pedir una omniciencia que, tan general como insuficiente, dista bastante de ser prueba de superioridad intelectual.

Así se logra la orientación o especialización natural. La regla es NO ESTORBAR LAS VOCACIONES. Y esto es precisamente lo contrario de imponer o dictar vocaciones.

E. J. R.

Se explica que los intelectuales sientan la tentación de renovar la politica y consideren a veces hacedera y aun fácil la empresa. El espectáculo de la política es generalmente de una gran vulgaridad. Los espiritus elevados, selectos, se sienten superiores al nivel que predomina en este medio; de ahí que juzguen su victoria fácil. La realidad les desengaña pronto. Esa gran masa de vulgaridad que hay en las agoras y los foros de las repúblicas, esa rulgaridad que se siente en sus asambleas y en las sillas de sus magistrados, es una masa ante cuya fuerza de inercia se estrellan a menudo las acometidas del espíritu. Los intelectuales no suelen caer en la cuenta de que gobernar una república es gobernar al común, al vulgo, y que para eso hace falta alguna vulgaridad. La vulgaridad es una fuerza política.

ANDRENIO

Grandes genios

de la filosofía y de la ciencia en los últimos siete siglos, a los ojos de un físico:

INGLESES:

Roger Bacon, Locke, Newton, Darwin, Dalton, Humphry Davy, Priestley, Bradley, R. Boyle, Cavendish, Faraday, Young, Tyndall, W. Wollaston, Spencer, lord Kelvin (W. Thompson), Maxwell, W. Crookes, Bain, Geikie, Rutherford, W. Ramsay, lord Rayleig, Lister, etc.

FRANCESES:

Montaigne, Descartes, Pascal, Gassendi, La Bruyére, Rousseau, A. Comte, Voltaire, Littré, Vauvenargues, LAPLACE, Lagrange, D'Alembert, Cauchy, Fourier, Galois, Lamark, A. L. de Jussieu, Buffon, Claudio Bernard. Ch. Bouchard, Lavoisier, Gay-Lussac, Foucault, J. B. Dumas (el quimico), Berthollet, BERTHELOT, CARNOT (el fisico), Fresnel, Mariotte, Regnault, S inte Claire Deville, Marey, los Becquerel, J. Perrin, E. de Baumont, A. Trousseau, Pasteur, E. Reclus, H. Poincaré, Curie, G. Le Bon, G. Lippmann, etc.

ALEMANES:

LEHNIZ, Goethe, Kant, R. WAGNER, Kepler, Liebig, Rob. Mayer, A. Humboldt, Frauenhofer, Bunsen, R. Virchow, Lenard, Hertz, Clausius, M. Planck, Roentgen, etc.

ITALIANOS:

Galileo, Vico, Avogadro, Spallanzani, Leonardro de VINCI, Volta, Cannizzaro, A. Secchi, Schiaparelli, etc.

HOLANDESES:

HUYGHENS, Van der Waals, Van't Hoff, etc.

SUECOS:

LINNEO, ARRHENIUS, etc.

BELGAS

Vésale, Plateau, E. Solvay, ect.

ESPAÑOLES:

CERVANTES, Arnaldo de Villanueva, Servet, etc.

AMERICANOS:

Franklin, Rumford, Loeb, Hale, Hill, Gibb, etc.

RUSOS:

Mendelejeff, O. Backlund, E. Metchnikoff, etc.

OTROS:

Scheele (alemán sueco), Coprenico (polaco alemán), Herschell (alemán inglés), los Bernoulli (suizo holandeses), etc.

Esta lista representa el parecer de un fisico, esto es, de un hombre que ha cultivado las ciencias experimentales. Por fuerza tiene que ser incompleta y errada la lista, como es incompleta y errada siempre la cultura de un hombre. Otro fisico haria otra lista, de seguro menos mal. El artista, el sacerdote, el historiador, etc., ni comprenderán siquiera el lugar señalado a ciertos nombres y se indignarán ante el cúmulo de omisiones que de golpe van a descubrir.

E. J. R.

Dos himnos

el de la Patria y le del Dogar

Con este carácter mio, tan contrario a lo que nuestros grandes hombres llaman el buen sentido, había hecho desde niño promesa formal de no tener nunca amistad con reyes, ni emperadores, ni presidentes, ni siquiera con ministros, con nadie que haga o que sea gobierno.—Enemigo declarado de todo gobierno constituido, este ha sido mi lema favorito, y para niños y sobre todo para viejos tal práctica debiera constituir un ideal de la vida. Para gobierno basta con el propio, que cada uno sea por si mismo un gobiernito especial: mi individuo impera, manda y obedece.

Sin embargo de estas teorias, que aprendimos del profesor don Elias Jiménez, todos los del grupo del 5º año del Liceo de Costa Rica, curso de 1896, ahora que la mayoría de ese grupo constituye el gobierno nacional y que presidencia del Ejecutivo, y Corte Suprema de Justicia, y Congreso, y Jefatura de Ministerio, y Juntas de Beneficencia y Dirección del Colegio de Segunda Enseñanza, —están desempeñados por compañeros de los más queridos y apreciables de aquellos inolvidables edad y tiempos, la cosa ha

cambiado un si es no es. -

Y digo que ha cambiado porque cuando menos pensaba, me encontré viajero en el carruaje presidencial acompañando al Presidente de la República. Nos dirigiamos para una fiesta de caridad y al llegar al lugar donde se nos esperaba, al detenerse el carruaje, al abrir la portezuela del mismo, al alistarnos para bajar entre la algazara, cuchicheos, murmuraciones, bullicio del gentio, que se adelantaba para ver a su Mandatario, percibi los sones musicales del Himno Nacional. ¡Cómo me dieron entonces ganas de desconocerme, de no ser yo, de volar a mi casita, de ir a escuchar el himno que a mi me gusta! ¡Ah! ¡Es mucha la diferencia que existe entre el Himno Nacional y el Himno del Hogar!

Cada vez que un papá va a salir de la casa, porque yo entiendo que en todas las casas los papás serán lo mismo,

los niños entonan el himno del hogar. Los míos son cinco y en este coro les acompañan, no sólo la mamá, sino hasta las encargadas del servicio. «Papá, me trae «fites», a mí uvas, a mi un trapecio, a mi un automóvil. Papá, que no se olvide lo que me ofreció. Papá, un beso para abuelita y digale que me mande lo que me dijo. Si hay un lápiz en la oficina, tráigamelo.» El mayorcito con intención de que su música no se olvide, me dice con reposo: Papá, ojalá me pudiera traer unas cápsulas U para mi rifle. Y el más chiquitín, que apenas tiene dos años y que ha aprendido a hablar para no quedarse atrás en estas músicas sublimes, desentona el himno y grita, aun cuando el papá vaya muy lejos: un «ñeco» un «ñeco» un «ñeco». ¡Olvida el pobrecito que para muñeco con él tenemos!

Por la tarde al regresar a la casa, este himno incomparable vuelve a repetirse, es la misma música aunque con distinta letra: «Papá, qué me trajo? ¿dónde están los «fites», las uvas, el automóvil, el «ñeco»? ¿A mi que me trajo. Se le olvidó mi encargo? ¡Ah papá, papá, papá! Y las bellisimas notas del himno van perdiéndose poco a poco en el espacio, aun cuando queden grabadas profundamente en el alma y

en el corazón.

Muchas veces yo contesto a las demandas del himno y llevo a mis hijos sus encargos; otras, cuando las circunstancias se oponen a mis empeños y deseos, sólo les llevo ideas y noticias. Pin pin, que sigue siendo el más alborotero, -y esto juzgo terminará cuando Vicente el más chiquitin crezca un poco, -al verme las manos y bolsas vacías, siempre exclama:

Si, ya sé, hoy también nos traes ideas, como si eso se comiera. ¿Donde están las ideas?: a ver, dame una para

comérmela...

Oye, encanto ¿recuerdas que esta mañana me llamaste para decirme, en gran secreto, que no trajera las cápsulas del rifle a Antonio, porque con ellas mataba los pajaritos, que eran tan lindos y tan buenos?

¿Si lo recuerdas, verdad? Pues, ahí tienes una idea que

se come y alimenta mucho.

LUIS CRUZ MEZA

UN ARTISTA Y DOS DE SUS CUADROS

Que me perdone Taine si hoy, sin la preparación debida me atrevo a ir campo adentro por las parcelas de la paleta y del pincel. Si lo hago es porque no quiero retener más tiempo mi aplauso público, como humilde estimulo, para este joven artista que ya en este rincón olvidado del mundo, ya en la Metrópoli o ya en la bella e ideal Lutecia, siempre ha sabido mantener ardiendo en los altares de la fe, los pebeteros de la ilusión. Sí, José Manuel Caballero, a pesar del frio glacial que reina aqui en nuestro ambiente ideal y que congela las más ardientes iniciativas; a pesar de éso y de la escarcha de indiferencia con que aqui cubren los esfuerzos en pro del arte, ha sabido como un buen explorador alpino, resistir las temperaturas más frias y como los muchachos del cuento de Stévenson, siempre ha guardado encendida, bajo el capote de sus entusiasmos, la linterna de ojo de buey de sus esperanzas.

Por eso lo aplaudimos con todas las fuerzas de nuestro

corazon.

Sus cuadros

Ahora hablaremos de uno que representa un camino del barrio de San Juan en plena mañana. En el primer plano aparece la carretera que conduce a la ciudad con el polvo remolido por el trajin diario; a uno y otro lado se ven las fajas de tierra por donde transitan las gentes; precisamente en la del lado derecho van dos campesinas con sus trajes de fiesta: la una con el pañolón caido en la cintura como en facha de viaje, y la otra con el pañolón tinto sobre los hombros. Hacia el lado derecho y por un trillo va una niñita y más lejos y por la faja de tierra viene un anciano, quizás un pordiosero.

En el lado izquierdo del camino va un chiquillo con una alforja, lleva sombrero de palma, sigue después una señora de pañolón negro con un niñito alzado que lleva un gorrito en la cabeza; después dos campesinos en camisa con alforjas al hombro; por cierto que uno lleva una banda roja en la cintura; en el recodo del camino, aparece una casita con su tejado rojo. A uno y otro lado del cuadro vénse las cercas de piñuela, con árboles de trecho en trecho, frondosos, verdes y con las ramas como empujadas por el viento. Allí en esas cercas distinguense los itabos, los plátanos y los higuerones, y en el fondo del cuadro aparecen las montañas con sus crestas azules y sus flucos a manchas grises. Encima de la más alta de estas crestas y cubriéndolas, están las nubes que luego desfilan como una c ravana.

Este es un cuadro al sol y el contraste entre las luces y sombras es admirable, y más que un cuadro al sol y que un hermoso paisaje es un «cuadro muy tico»; por eso tiene un encanto singular que cautiva nuestra atención.

Y ahora, que venga la critica a señalar defectos, yo sólo diré que es un cuadro rico en coloridos, de magnifica pers-

pectiva y de una frescura y belleza seductoras.

Otro paisaje

Ahora es otro paisaje, pero no en la mañana, como el descrito anteriormente, a todo sol, sino en la tarde a la hora del véspero. Este cuadro es más sugestivo y más de nuestro gusto. És un camino de color sepia claro, a un lado y otro hay una faja alta de zacate verde y más a los lados los lineas de árboles que indican a la izquierda la cerca de piñuela y a la derecho la de alambre de púas; de este lado se ven precisamente los repastos de zacate de guinea que ya están semillando. En las cercas distinguense unos higuerones, un higo, un agu cate, y varios targuás, güítites é itabos. Por en medio del camino viene un campesino con la alforja al hombro. En el fondo del paisaje están las montañas teñidas con ese color lila tan común en los crepúsculos vespertinos; eacima y a un lado, y otro están unas nubes acarminadas.

De todo el conjunto de este cuadro se desprende como un

126 Eos

vaho de soledad y de misterio. El campesino que por el camino marcha, con la alforja al hombro me causa tristeza. Irá a la ciudad a buscar la medicina para la madre, para la esposa o para el hijo enfermo? ¿Irá a cometer un crimen o a realizar una obra de caridad? ¡Nadie lo sabe!

Yo sólo sé que este hombre me infunde pena; que cuando niño si yo lo hubiera encontrado alguna vez entre las luces tenues que alumbran este paisaje, en ese lugar agreste, a esas horas y en medio de esas soledades, habria teni-

do miedo.

Hoy sólo evoca ante mí el recuerdo de tantos otros caminos y de tantos otros paisajes, que a esas horas he encontrado en mis peregrinaciones y que siempre han llevado a mi espiritu esa secreta inquietud del misterio del origen de la vida y de las cosas.

J. JOAQUÍN SALAS PÉREZ

San Ramón 25 de Marzo de 1616.

El padre A. Secchi da un ejemplo elocuente de cómo se puede ser religioso y hombre de ciencia. En la conclusión de su obra La unidad de las fuerzas físicas, dice: «Así, todo depende de la materia y del movimiento, y nos vemos reconducidos a la verdadera filosofía natural inaugurada por Galileo: en la naturaleza todo es movimiento y materia, o modificación simple de ésta, por pura transposición de partes o cualidades de movimiento.» Y hablando de la vida de los animales, agrega: «Pretender que en el animal vivo exista una fuerza vital, una fuente de fuerza independiente de las acciones moleculares ordinarias, y que haya en ellos una química diversa de la química de los cuerpos inorgánicos, esto es falso!» (A. Mosso, La Fatica, 5ª edición, pág. 62.)

ORACIONES PANEGÍRICAS, por GUILLERMO VALENCIA.

Los últimos discursos de este insigne poeta y orador.

Elegante folleto con el retrato a lápiz del autor, hecho
por Leudo. Precio: € o.6o. De venta en la Librería
de Falcó & Borrasé, 7º Avenida, Este, número 42.

El pueblo y los filósofos

Mientras no sepamos pesar los votos, mientras tengamos que contarios, la democracia seguirá siendo una boberia.

Nada de popular me ha gustado jamás. Mihi nihil unquam populare placuit.

CICERÓN, «el Voltaire de su siglo», hace 21 siglos.

Pensamientos muy semejantes encontraremos en Horacio y en Séneca.

* * *

La justicia no se aprecia por el número, se pesa en la balanza de la razón.

Non enim numero haec judicantur, sed pondere.

(CICERÓN. Los Oficios, libro II, cap. XXII).

* * *

La turba popular es madre de ignorancia, de injusticia, de in onstancia e idólatra de vanidad. Complacerla, no es posible. La divisa vox populi, vox Dei (la voz del pueblo es la voz de Dios) debería cambiarse por vox populi, vox stultorun (la voz del pueblo es la voz de los tontos).

El principio de la sabiduría es mantenerse puro y

no dejarse arrastrar de las opiniones populares.

CHARRON, (De la Sagesse, sigio xvi).

* * *

Con razon exclamó aquel griego: «¿Pues qué tontera he hecho?» al oír a su derredor una salva de aplausos.

BACON, (Réfutation des syst. philosoph.)

* * *

Se dice a menudo con justicia, que las razones no deben ser contadas, sino pesadas; pero nadie nos ha dado todavía esta balanza que debe servir para pesar la fuerza de las razones. Ahí está uno de los grandes defectos de nuestra lógica, cuyas consecuencias sentimos aun en las materias más importantes y más serias de la vida, las que conciernen a la justicia, al reposo y bien del Estado, a la salud de los hombres y hasta a la religión.

LEIBNITZ, (Carta a Tomás Burnet, hace más de dos

siglos).

* * *

No aventurar a veces grandes necedades, es ignorar el gusto del pueblo.

LA BRUYERE, (Les Caractères, hace más de 2 siglos).